

Granada, Junio, presente

Aquella mañana del veintinueve, amaneció el día despejado y con altas temperaturas que anunciaban un día caluroso.

Me desperté tarde ya que aquel día no había colegio, estábamos de vacaciones, desayuné chorros que mi madre acababa de comprar. A mediodía llegó mi hermano mayor que había estado buscando entradas para ir al Aqueducto.

No he podido encontrar entradas para esta tarde me dijo:

Peró tranquilo, he quedado con mis amigos para bañarnos en el río, si quieres te puedes venir.

Miré a mi madre y ella hizo un gesto de aprobación. Aminoramos temprano para poder hacer la digestión. Después de dormir la siesta, me fui a mi cuarto para cambiarme y ponerme el bañador. Al salir de mi casa nos esperaban la pandilla de mi hermano.

Llegamos andando y empezamos a disfrutar del agua que caía desde Sierra Nevada. De repente, después de tirarme de cabeza, sentí que algo me absorbía y no podía salir a la superficie, era una puerta abierta hacia el pasado. Todo lo que pasó a continuación fue difuso y no recuerdo bien lo que ocurrió.

Granada, Junio, 1492

Desperté de pronto en un profundo bosque por el que penetraba débilmente la luz del sol. Me sentía mareado y con ganas de vomitar. Después de un largo rato, apareció un soldado que sin decirme nada me cogió, intenté preguntarle que hacía, pero no me oyó, cuando terminamos el camino me encontré frente a la Alhambra tan majestuosa como siempre, pero algo me sorprendió: era la falta de edificios, no había visto ninguno en todo el camino.

Al llegar a la puerta custodiada por dos soldados que nos dejaron entrar, fuimos por el Generalife, no me lo podía creer, ¡estaba habitada! Después de un sopón de pavos llegamos hasta la Sala de los Embajadores, donde había tres sillas en la que en el centro estaba una mujer y a ambos lados dos hombres; uno vestido de cardenal y el otro parecía un rey, al llegar a la sala la mujer del centro se puso en pie, el soldado hizo una reverencia y me obligó a hacerla a mí también.

Majestad dijo el soldado.

Y bien, ¿a quién me traeis? dijo Isabel la Católica.

Un niño que me lo encontré en el bosque y pensé que podría ser de los infieles que vos expulsasteis como el soldado.

Entonces el hombre vestido de cardenal dio un salto de su silla:

¡Pues entonces conviértelo! exclamó Torgemeda.

¿Quién eres y cómo te llamas? me preguntó Isabel.

Lo que para entonces ya podía hablar, dije con un hilo de voz:

- Me llamo Cecilio y vengo del futuro - dije viendo lo que me pasaba alrededor.

- ¡Niente! - dijo Fernando es tercer hombre que había en aquella sala.

Pero Isabel notó en mis ojos un brillo que por lo que después, me dijo se inspiró confianza.

- Levántate, dale de comer y está a su disposición - declaró Isabel.

Torquemada y Fernando se quedaron boquiabiertos al ver la decisión de Isabel, pero no se dieron mucha más importancia.

Al salir de la sala de los Embajadores vi entrar a un hombre con muchos mapas sobre quien se ya que me dio tiempo a leer lo que ponía en uno de ellos: "Ruta de las Indias", Cristóbal Colón sería indudablemente.

El sábado me guio a otra sala donde había ricos manjares y dos sirvientes a mi disposición, cuando anochece, llegó una sirvienta de una mujer, sabía que tendría que ser Isabel, no me equivocué. Al entrar, me adelanté e hice una reverencia, me dijo que por favor, me sentara.

- ¿Cecilio era tu nombre, verdad? - preguntó.

- Sí, majestad - respondí.

- Cecilio eso de que has venido desde el futuro que quiere decir.

Entonces, empecé a contarle toda la historia desde que me adelanté hasta que llegué delante de ella en la sala de los Embajadores al mediodía:

- ¿Cómo es que te puedo creer? - preguntó Isabel.

- Porque sé que tienes una hija llamada Juana que está prometida con Felipe heredero del trono de Alemania y que vas a permitir un viaje a las Indias dirigido por Cristóbal Colón.

Entonces Isabel con un semblante pálido dejó la habitación sin decir nada. Por un momento vacilé si había hecho bien en contarle todo lo sucedido, pero el recuerdo de todas las emociones vividas por ese día me ganaron y me quedé dormido.

Al día siguiente por la mañana me vistieron con ropa más adecuada para esa época, me condujeron hasta la sala de los Embajadores donde Isabel había pedido tener una reunión conmigo, con ella estaba allí un hombre mayor, ella le había contado todo a aquel hombre, según ella era el más sabio de Granada. Él me preguntó: ¿Cómo dices que llegaste hasta aquí? - me dijo con voz ronca.

- Me tiré al agua del río y desaparecí de repente - contesté.

- Entonces bajamos al río - afirmó el sabio.

Isabel mandó preparar un carruaje para que no se viera al río. Les indiqué el punto por donde más o menos desaparecer, el sabio me dijo que realizase los mismos pasos, me despedí del sabio y de Isabel y me tiré de cabeza al agua.

Granada, Junio, presente.

Abrí los ojos y me encontré tumbado en el suelo con mi hermano mayor, Abel y un montón de gente a mi lado.

Empecé a escupir mucha agua, ¡según vivo! Esta historia quizá fuese un cuento. Un cuento maravilloso.